

basta leerlo, sino que hay que sabérselo antes también. No sabemos cuándo fué escrito pero representa el extremo de penetración a que puede llegar un autor original.

Hermann Hesse, europeo solitario y genial, tal vez decadente, ha hecho del «Juego de Abalorios» un libro que trasunta rumores de testamento y de mensaje, fantasioso, poético, entre ensayo y biografía, un poco novela, un poco de todo.—FERNANDO URIARTE.



CUENTOS DE VIENTO Y AGUA, por *Juan Marín*

No hace mucho tiempo me tocó participar en un programa literario celebrado por el Book Guild de Berkeley cuyo número central consistía en una charla de Anthony Boucher—el autor de las aventuras radiales de Sherlock Holmes—sobre las novelas de misterio en Hispano América. Boucher acababa de regresar de una jira por nuestro continente y con gesto dramático inició su charla sacando de su cartapacio dos libros medio desencuadernados y muy desteñidos, al mismo tiempo que decía: «He aquí, señoras y señores, el resultado final de mi afanosa búsqueda». Dos novelas, eso era todo. Lo curioso es que de las dos novelas una era de autor chileno: *Román Calvo, el Sherlock Holmes chileno*, por Miguel de Fuenzalida.

Justo es decir que Boucher no buscaba libros de misterio en general, sino exclusivamente novelas policiales. Por lo tanto, yo que asistía a la reunión en calidad de «autor hispanoamericano» no tuve más remedio que reconocer la pobreza de este género entre nosotros e improvisar algunas explicaciones que justificaran el hecho. La explicación más sencilla que se le ocurre a cualquiera es la de que en nuestros países los crímenes se cometen a garrotazos o cuchilladas, a plena luz del día y en el paseo principal de la ciudad; en consecuencia, el detective no

tiene que ser un Philo Vance o un Ellery Queen, sino simplemente un corredor de maratón para salir detrás del criminal mientras los testigos le acompañan gritando ¡atájenlo! ¡atájenlo! Por eso Fuenzalida no ha hecho escuela en Chile y apenas si se puede seleccionar en todo Hispano América una media docena de historias que cumplan con los requisitos del moderno cuento policial tal como lo conciben los ingleses y los norteamericanos.

En cambio, si Mr. Boucher hubiese andado buscando cuentos de misterio y fantasía en que el asesinato no juega un papel preponderante, imitando el dramatismo con que él extrajo de su maleta las aventuras de Román Calvo, yo habría producido frente a ese auditorio los *Cuentos de Viento y Agua* de Juan Marín y estoy seguro de que habría dejado a todo el mundo satisfecho. Porque, aparte del valor individual de esta obra, ella representa una tradición que, con orígenes franceses, ingleses y españoles, florece hoy regiamente en Hispano América, ya sea en forma de novelas pasionales o de cuentos de ultratumba o historias de la selva, relatos de psicología patológica o fantasías científicas, consejas del mar o la montaña—especialmente en Chile—o visiones de mundo de los sueños. Sus cultores, llámense Quiroga, Hernández Catá, Salarrué o d'Halmar, educaron la fantasía en las páginas afebradas de Poe y Maupassant, en las ensoñaciones espectrales de Bécquer y en las ciudades quiméricas de Lord Dunsany, en los mares arrebatados de Conrad y en el humor metafísico de Wells y Chesterton. De los ingleses, en general, recogieron la niebla y de Stevenson, en particular, el claroscuro. De los españoles, el temor a la muerte. De Poe, el terror nocturno. De Francia, acaso, las perversiones psicológicas. Salarrué, d'Halmar y Juan Marín, además, adquirieron una nueva dimensión espiritual en la lectura de los libros sagrados de la India.

Para Mr. Boucher, por otra parte, Juan Marín hubiese tenido la novedad de lo periodísticamente contemporáneo: en

sus cuentos ya aparece la bomba atómica y los aviones «a chorro» son tan comunes en sus páginas como las bicicletas lo eran entre los hombres invisibles de H. G. Wells. Y si además de actualidad hubiera buscado méritos literarios en *Cuentos de Viento y Agua* los habría descubierto en abundancia. Porque Juan Marín es, indudablemente, el escritor más interesante del grupo de «fantasistas» chilenos. Posee más cultura científica y filosófica que D'Halmar y Salvador Reyes, por ejemplo, aunque éstos le aventajen en el estilo. Tratándose de temas marítimos es uno de los pocos escritores chilenos que dan la impresión de haber vivido el mar a bordo de un barco y no en las tabernas de Valparaíso. Juan Marín, además, demuestra una sincera preocupación por cuestiones trascendentales que le impulsan a escribir incesantemente y a considerar la literatura con una finalidad esencialmente artística y no como un juego de artificio más o menos periodístico.

En su último libro Juan Marín escribe tres clases de historias: misterios psicológicos, fantasías científicas y narraciones naturalistas de intención social. Con peligro de cometer una injusticia quisiera descartar las últimas a causa de su pronunciado sentimentalismo. Es verdad que ellas encierran acusaciones de carácter económico y político que ningún chileno puede poner en duda, pero no es menos cierto que el lector contemporáneo rehusa emocionarse cuando descubre al novelista manipulando cuerdas sensibles que el realismo español y francés manosearon hasta la vulgaridad. En los misterios psicológicos, en cambio, Juan Marín despliega gran originalidad y pericia literaria. Sería difícil, por ejemplo, encontrar en la literatura chilena un cuento que se acerque más a la perfección técnica de Poe o Maupassant que *El hombre del funeral*. Nótese que me refiero a perfección «técnica». Cuentos más poéticos o más dramáticos habrán escrito Baldomero Lillo, en el pasado, o Manuel Rojas entre los modernos, pero no mejor contruidos ni que produzcan un placer, si así pudiera decirse, más inteligente. ¿Có-

mo no aplaudir en Juan Marín su madurez intelectual, su capacidad de moverse entre grandes ideas y aventuras psicológicas con naturalidad y elegancia, cómo no alegrarse de que un autor chileno busque un auditorio universal y no se contente con el tibio aprecio local que acompaña a la ya estancada literatura regionalista? Desarrollar una trama en escala ascendente, sin desviaciones ni interrupciones, hacia un clima inesperado y, en el transcurso, crear un mundo de caracteres humanos y hacerles actuar en un ambiente necesario al tema de la narración, al mismo tiempo que se expone una fantástica concepción filosófica, he ahí lo que se ha propuesto y conseguido Juan Marín en esta apasionante narración. El personaje central y su ideaje se hallan perfectamente encarnados y no se concibe una mejor representación de la teoría del vacío absoluto que esa figura del hombrecillo de chaqué negro que acompaña sus propios funerales en el carruaje del autor divagando sobre la negación del mundo y la manera como los huecos de la eternidad se van paulatinamente llenando con cada cosa y cada ser que muere.

Naturalmente, no todos los cuentos de este volumen son de igual calidad. Ciertos personajes aparecen confusamente delineados—*El hombre de medianoche*—tal vez porque el autor no se detuvo suficientemente a demarcar con precisión los conceptos filosóficos que le iban a servir de base a la trama de su narración, en este caso los conceptos de tiempo y espacio. O bien se le deshace a Juan Marín una historia en las manos como una luz de bengala que se consume antes de dar el requerido efecto—*Lázaro*—o un tema no se desarrolla por falta de desenlace como en *Tifón. La historia de amor del doctor Jerkins*, en cambio, nos presenta una figura humana convincente, una historia extraña pero no inverosímil y un ambiente de sensualidad tropical dibujado con espesos brochazos de técnica impresionista.

Juan Marín tiene ya su público propio; se le lee en El Salvador con tanto interés como en Santiago, Buenos Aires o

México. Sus *Cuentos de Viento y Agua* que contienen lo mejor de su producción literaria en el campo de la aventura y el misterio, afirmarán el prestigio de su nombre junto a los más destacados cuentistas de la literatura hispanoamericana actual. — FERNANDO ALEGRÍA.

ENSAYO SOBRE CINCO TEMAS DE THOMAS MANN, por *Fernando*
Alegría, Editorial Funes, El Salvador, 1949

A pesar de la modestia con que el autor califica su propio trabajo—conversación sin trascendencia con quienquiera que sienta ganas de hablar y no tenga el menor miedo a la posteridad— se trata de un ensayo notable por su estilo y penetración crítica, sobre cinco temas de *La Montaña Mágica*: el tiempo, la naturaleza, el sexo, el misterio y la enfermedad.

Como en un poema sinfónico—dice el ensayista—estos temas reaparecen constantemente en la novela de Mann, a veces solos, a ratos combinados, pero siempre afinados en una misma llave: la ironía del autor. Todos estos temas, además, los trata Mann de modo estrictamente estético, es decir, por medio de metáforas o imágenes, o como ideas—a menudo contradictorias—que las circunstancias de la acción sugieren a sus protagonistas. Este procedimiento puede dejar perplejo al lector que se esfuerza en precisar la verdadera posición del autor, pero tiene la ventaja de evitar que la novela se transforme en un tratado filosófico. Un estudio atento de los grandes temas, permite, sin embargo, entrever las verdaderas convicciones de Mann a través de las metáforas y contradicciones en que su ironía las envuelve. Este estudio constituye precisamente el objeto que se propone el ensayista. En la imposibilidad de reproducir aquí en detalle sus agudos análisis, nos limitaremos a dar una